

El culto al crecimiento

Pilling, David. El delirio del crecimiento (Spanish Edition) (pp. 4-6). Penguin Random House Grupo Editorial España. Edición de Kindle.

Durante más de setenta años las sociedades avanzadas se han mirado en el espejo con cierta vanidad y, por lo general, les ha gustado lo que ven: crecimiento. El espejo es, en realidad, el producto interior bruto (PIB) y se ha convertido en nuestro principal medio para juzgar nuestro atractivo como economías y como sociedades. La economía —eso que el PIB intenta medir— está por todas partes. No puedes olerla ni tocarla, pero es el ruido de fondo del mundo moderno. Es el alimento básico de los titulares, de los canales de información financiera y del debate político. Sin embargo, pese a ser un concepto tan fundamental, solo un número sorprendentemente pequeño de personas sabe con precisión qué es la economía o cómo estimamos su progreso. Lo único cierto es que debe avanzar de manera constante, como un tiburón.

Definimos la economía en relación con el PIB.(1) Desde tiempos modernos, y en contra de las advertencias de su inventor, el PIB se ha convertido en un indicador del bienestar de un país. Si la economía crece, entonces todo debe estar bien. Si se contrae, será que no tanto. Pero el espejo en el que nos hemos estado mirando se parece más al de un parque de atracciones que al de un cuarto de baño. La imagen reflejada en él está burdamente distorsionada y cada vez se contradice más con la realidad. Nuestro espejo económico está roto.

Estamos viviendo en una «edad de la ira», definida por una reacción popular desfavorable y el rechazo a instituciones e ideales que antes eran apreciados, incluido el propio liberalismo occidental.[1] En Estados Unidos esto ha llevado al auge de Donald Trump. Reino Unido ha votado a favor del Brexit y en Europa partidos no convencionales, tanto de derechas como de izquierdas, han provocado que el statu quo se tambalee. Hay convulsiones políticas, provocadas por revueltas populares, de India a Brasil y de Filipinas a Turquía.

Muchas explicaciones contradictorias tratan de interpretar lo que ha causado la ira popular en países que, a juzgar por las medidas convencionales, nunca habían sido tan ricos. Sin embargo, en todas hay un elemento común: la gente no ve la realidad de su vida reflejada en el relato oficial, un relato contado principalmente por economistas. Algunas de las fuerzas que forman parte de esta reacción son el resultado de cuestiones de identidad, una sensación de impotencia, la falta de vivienda asequible, la ausencia de una comunidad y la indignación contra la política monetaria y los crecientes niveles de desigualdad. Otras surgen porque nuestras definiciones de «crecimiento» y de «economía» ya no encajan con la experiencia vivida por la gente. Este libro pretende explicar la brecha que hay entre lo que los expertos dicen sobre nuestra vida y lo que nuestra vida parece en realidad.

Aunque casi todo el mundo ha oído hablar del PIB, pocos saben que se inventó en una fecha reciente, en torno a la década de 1930, como herramienta para hacer frente a la Gran Depresión, y que después se convirtió en un medio para prepararse para la Segunda Guerra Mundial. Lo primero que hay que entender es que la economía no constituye un fenómeno natural, una verdad que se pueda descubrir. Antes de 1930 prácticamente no existía. Es algo creado por los seres humanos, como el algodón de azúcar, los seguros de automóvil o la contabilidad de doble entrada.

Si el PIB fuera una persona, sería indiferente, incluso ciega, ante la moralidad. Mide la producción de cualquier clase, sin importar si es buena o mala. Al PIB le gusta la contaminación, en especial si es

necesario gastar dinero para combatirla. Le gusta el delito porque le encantan las grandes fuerzas policiales y reparar ventanas rotas. Al PIB le agrada el huracán Katrina y está bastante de acuerdo con las guerras. Le complace medir la escalada de un conflicto en número de armas, aviones y misiles para, después, contar el esfuerzo que precisará la reconstrucción de ciudades arrasadas a partir de sus ruinas humeantes. El PIB es bueno contando, pero es un pésimo juez de la calidad. Tiene unos horribles modales en la mesa. Para él, un juego de cubiertos compuesto por tres tenedores sirve igual que uno formado por un tenedor, un cuchillo y una cuchara.[2]

El PIB es un mercenario. No se digna a contar las transacciones en las que el dinero no cambia de manos. No le gustan las labores del hogar (aquí, al menos, estamos de acuerdo) y rehúye todas las actividades voluntarias. En los países pobres le cuesta dar cuenta de la mayoría de los esfuerzos humanos, el grueso de los cuales ocurre fuera de la economía monetizada. Puede rastrear el impacto económico de una botella de Evian en el supermercado, pero no el de una niña que en Etiopía recorre kilómetros a pie para conseguir agua de una fuente.

El crecimiento es un hijo de su tiempo, esto es, la era de la manufactura, y el PIB fue diseñado ante todo para medir la producción física. Tiene problemas para encontrarle sentido a las modernas economías de servicios, un defecto llamativo en los países ricos, donde los servicios, como los seguros y el diseño de jardines, son actividades dominantes. No se le da mal contar la producción de ladrillos, barras de acero y bicicletas, esas «cosas que se te pueden caer en el pie».[3] Pero si intenta hacer lo mismo con los cortes de pelo, las sesiones de psicoanálisis o las descargas de música, entonces se confunde. Se le da mal medir el progreso, justo aquello que suponemos que sabe hacer. Para nuestra principal medida de crecimiento un antibiótico vale céntimos, aunque un millonario sifilítico de hace cien años hubiera dado la mitad de su fortuna por un tratamiento de siete días. En resumen, nuestra definición de la economía es bastante tosca. Como alguien le comentó de manera informal a este autor, «Si estás atrapado en un atasco durante una hora, eso contribuye al PIB. Si vas a casa de un amigo a echar una mano, no». Eso es «todo lo que necesitas saber». Con la esperanza de que estuviera equivocado en esto último, espero que sigas leyendo.

Pilling, David. *El delirio del crecimiento* (Spanish Edition) (p. 14 - 15). Penguin Random House Grupo Editorial España. Edición de Kindle.

Este libro surgió porque, después de escribir durante veinte años para *The Financial Times* desde los cinco continentes, he llegado a la conclusión de que la costumbre de ver el mundo a través del prisma del crecimiento económico está distorsionando nuestra percepción de lo que es importante. Lo sé porque yo aprendí a hacerlo. A partir de la década de 1990, cuando al principio de mi carrera informaba desde América Latina, aprendí a comparar cualquier número con el PIB y a mencionarlo en casi todos los artículos, para transmitir un poco de gravitas. No dediqué mucho tiempo a preocuparme por lo que era exactamente el PIB o qué se suponía que significaba.

Solo años después empecé a pensar más en ello. Mi experiencia en Japón a mediados de la década de 2000 fue uno de los factores desencadenantes, cuando informaba sobre un país cuya economía, en términos convencionales, se había estancado. Con frecuencia, se escribía acerca del país nipón como si fuera una especie de caso perdido atrapado en una recesión perpetua y sin el ingenio necesario para huir de aquella situación desesperada. No me parecía que aquello fuera cierto. Sin duda, Japón tenía problemas y era verdad que su milagro económico, que había asombrado al mundo en la década de 1980, había perdido ímpetu. Pero la supuesta situación de pobreza de Japón —medida por el PIB nominal— no se parecía en nada a la pobreza.[12] El desempleo era extremadamente bajo, los precios eran estables o caían y las condiciones de vida de la mayoría de la gente mejoraban. Las comunidades

estaban intactas, sin duda en comparación con las de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. La delincuencia era baja, el consumo de droga casi inexistente, la calidad de la comida y de los bienes de consumo era de las mejores del mundo, como la sanidad, mientras que la esperanza de vida se hallaba a la cabeza en todas las clasificaciones internacionales.[13] Y sin embargo, visto a través del prisma de la economía, Japón era un abyecto fracaso.

La economía puede presentar una percepción distorsionada del mundo. Mucho de lo que es importante para nosotros, del aire limpio a las calles seguras y de los trabajos estables a las mentes sanas, se encuentra fuera de su campo de visión. Por supuesto, podríamos llevarnos las manos a la cabeza y dejar que otros se preocupasen por la definición precisa del crecimiento económico. Pero ello significaría desvincularnos del debate. Significaría dejar lo que importa en la vida a los autodenominados «expertos». Y ya hemos visto adónde nos ha llevado eso.

NOTAS

[1] Véanse Pankaj Mishra, *Age of Anger*, Farrar, Straus and Giroux, 2017; Edward Luce, *The Retreat of Western Liberalism*, Little, Brown, 2017. [Hay trad. cast.: *La edad de la ira*, Galaxia Gutenberg, 2017.]

[2] Tomado de Diane Coyle, *GDP: A Brief But Affectionate History*, Princeton University Press, 2014, p. CXXIV.

[3] Siempre he atribuido esta frase a Bill Emmott, antiguo director de *The Economist*. Tanto si la inventó él como si no, la utiliza con frecuencia.

[12] En términos nominales, la economía de Japón apenas cambió de 1990 a 2017. En términos reales per cápita, se comportó de manera muy similar a la mayoría de las economías occidentales debido a la caída de los precios y a una población decreciente. [13] Es cierto que el índice de suicidios era alto.